mente puesto en tí y las rodillas en tierra, te ofrecemos como miembros de la sociedad, de esta sociedad también tuya, que vivirá con vida propia, con grandiosa vida, con vida de imperecedera gloria, miéntras quien cuide de su vida seas tú.

¡Vuelvo á invocarte, Santa María de Guadalupe! ¡Permítaseme invocarte en nombre de México! Que por tí y en México todo, con nosotros todos y á partir de tu coronación, se realice como un hecho que será complemento de tus bondades infinitas, porque son las bondades de Dios dispensadas por tu diestra, el voto con que los cielos prometen unirse á la tierra, traer sus dones, sus grandezas, sus inefables dulzuras acá:

«Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

II

Poesía del Sr. Dr. D. Jose Peon Contreras.

Reina del cielo, Virgen excelsa y pía,
A quien llamaba Madre la madre mía,
Y en quien su fe guardaba como tesoro
En cincelado templo de plata y oro.
Madre mía dos veces, madre querida,
Dale á mi arpa sonidos, á mi voz vida;
Encanto á mi palabra, luz á mi idea,
Para que tal cual eres mi alma te vea!
Para que tal cual eres yo te describa....
¡Yo, estando tan abajo; Tú, tan arriba!

Tan alta estás, tan lejos del firmamento,
Que adivinarte apenas logró mi intento,
Y, sin embargo, ¡oh madre! se me figura
Pues tanto es mi delirio con tu hermosura,
Tanto soñé en la infancia con tu belleza,
Tanto soñé más tarde con tu pureza,
Y tanto en mí resides sin que te apartes
Del alma que te busca en todas partes,
¡Que va á hacer tu dibujo mi pensamiento!
¡Si no como te miro, como te siento!

Envuelta en luz vivísima cual la que ardía
En el risueño Oriente del primer día,
Cuando en el Paraíso brilló la aurora,
Aparece tu imagen, virgen Señora;
Y es más blanca y más pura tu vestidura,
Que la nieve más blanca, que la más pura!
En tus ojos se mira la transparencia
Que del Señor revela la Omnipotencia,
Transparencias de afuera, sombras de lo hondo,
La claridad del lago, del mar el fondo!

Tu frente, coronada de resplandores,
Tiene las dulces huellas de tus dolores:
Las congojas, los duelos, las tiranías
De las amargas horas de aquellos días!
¡El maternal y acerbo dolor profundo
Que el mundo te dió, siendo reina del mundo!

Tiene tu boca perlas, tiene corales,
Tintes de albas purísimas y celestiales,
Y á recortar en óvalo tu faz severa
Baja como la noche tu cabellera!
En torno tuyo hay ráfagas y ondulaciones
Como luces de célicas constelaciones,
Como la mente humana las imagina,
Como yo te he soñado de peregrina,
Subiendo al cielo en lampos de blancas nubes
Y apoyada en las alas de los querubes!

Soberana del orbe de los creyentes
Ante la cual se doblan todas las frentes,
Tu faz inmaculada se alza sobre ellas
Bañada en los fulgores de las estrellas!
Todos los ojos buscan en tu mirada
Ternuras infinitas, paz anhelada,
Miradas de tus ojos con que embelesas
Henchidas de consuelos y de promesas!
Todas las bocas te hablan, no hay una boca
Que no sienta, Señora, cuando te invoca,
Dulce almíbar de abeja, blanda ambrosía,
Al pronunciar tu nombre, Santa María!

Es tu historia tan limpia, de amor tan llena,
Y hay tanta dicha en ella y hay tanta pena,
Tanto se llora en ella lo que has llorado,
Y es tal de tu pureza lo inmaculado,
Que no hay mortal que al darte culto y cariño,
No sienta como siente cuando ama un niño!
La virginal ternura de su inocencia,
Aromas de las flores de su conciencia,
Para tí pura y límpida como un espejo....
¡Lo mismo la del niño que la del viejo!

Todo el que á tí se acerca, sea el que sea,
En tanto que mirándote su alma recrea,
Se acuerda de lo bueno, siente su encanto,
Y siente el atractivo de lo que es santo!
Pues piensa que á la madre que quiere ó quiso,
Le guardas en tu Trono su paraíso,
A ella y á tí mezclándolas en su memoria....
¡Todas las madres tienen la misma historia!
Por eso no hay ninguno que no te quiera
Cuando la desventura lo desespera.
Cuando los padres pierden su hijo adorado,
Se consuelan pensando que te lo han dado,
Que está mejor contigo, que tú lo tienes....
Trocando por efímeros, eternos bienes,
Allá donde tú vives, donde respiras,
Donde nos ves mirándote, cuando nos miras,
Desde el altar altísimo donde nos llamas,
Porque somos tus hijos, porque nos amas,
Y á do pensamos todos que en algún día,
Te veremos de cerca ¡Virgen María!

III

Poesía del Sr. Nestor Rubio Alpuche.

I

En los tiempos de Octavio que imperaba
sobre toda la tierra, sin segundo,
hubo una fiesta hermosa, que del mundo
las curiosas miradas absorbió.
Era un viejo portal cuyas paredes
carcomieron el musgo y las goteras,
situado de Belem en las afueras,
el hogar que la fiesta celebró.

II

Montón de paja convirtióse en cuna.
Tiritando y sonriendo se dormía
el niño ante los ojos de María
que el dulce objeto de sus ansias ve.
El hálito nocturno de Diciembre
despierta al árbol del rebaño amigo;
pero el rincón sagrado está al abrigo
de un pobre manto que colgó José.

III

Brota en silencio desde blanca estrella
y desciende hasta el lecho, una cascada
de luz, que pinta en nácar la esplanada
por do llega brillante multitud.
Y soldados, y reyes, y pastores
el establo solícitos rodearon
y al adorable infante proclamaron
Como rey de justicia y de salud.

IV

Venid y contemplad. Esa es María.
La de lejanos países noble gente
al mirarla se postra reverente
como Tobías cuando al ángel vió.
Y la Vírgen, de pie junto á la cuna,
enhiesto cedro en flor asemejaba
que á un cordero extraviado cobijaba
muy lejos del redil de do salió.

V

¡Oh qué grande espectáculo y sublime!
Los angélicos tronos se admiraron,
y, envidiosos, las fiestas concertaron
de la tierra, en el cielo repetir.
Al punto de las cumbres eternales
cien legiones de espíritus salieron
que al mundo en tropas fúlgidas vinieron
de la Virgen las huellas á seguir.

VI

Ellos con tierno afán la custodiaban
y ella no los veía. Muchas veces
creyendo hallarse en soledad, sus preces
se postraba en el suelo á meditar;
y, en torno de ella, en confusión hermosa
los ángeles también se arrodillaban
y atentos, las palabras escuchaban
que sus labios solían pronunciar.

VII

Al velar, al dormir, ó á sus labores
entregarse la Vigen con anhelo,
los invisibles prófugos del cielo
absortos la miraban con amor.
Si á su jardín bajaba precedían
ellos su paso lento y soberano,
y cuando hacia un rosal tendió la mano
nunca la espina, siempre halló la flor.

VIII

Un día ¡cuán amargo fué ese día!
la observan caminando á la ventura
por las calles y plazas. ¡Vírgen pura!
los ángeles exclaman, ¿dónde vas?
Los hombres abren paso. Las mujeres
la siguen conmovidas y llorosas;
y ella, juntas las manos temblorosas:
Jesús, dice, hijo mío, ¿dónde estás?

IX

¿Dónde ha de estar? Camino del Calvario.
Sube con él y asiste á su agonía.
Contigo iremos, celestial María,
á verlo ensangrentado en una cruz.
Y van con ella al monte sacrosanto
y contemplan el cuadro misterioso,
y oyen, de horror transidos, pavoroso
el último lamento de Jesús.

X

Al fin llegó la hora que preveía
con infinito amor el alto cielo.
Murió también la Vírgen y en el suelo
quedaron la miseria y la orfandad.
Pero apenas cubrió la tosca piedra
el despojo mortal, la turba alada
el sepulcro invadió regocijada
y lo llenó de vida y claridad.

XI

Como un rey opulento que domina
los pueblos y vasallos á millares
y anuncia por las tierras y los mares
sus bodas con la reina de su amor;
y llegan de lejanas latitudes
gentes, tropas, esclavos y bajeles
y extranjeros, y damas, y donceles
á la ciudad del rey con gran clamor;

XII

y de gala se visten los guerreros,
y sus joyas exhiben las matronas,
y flores y perfumes y coronas
preparan con la fiebre del placer;
y cuando el rostro cándido descubre
la esposa, como el Sol cuando amanece,
voz de vítor los aires estremece
y eco de himnos y músicas doquier;

XIII

así el Rey de los cielos, con potente
voz á los mundos sus heraldos lanza
que en cada paso miden cuanto alcanza
un relámpago en recia tempestad,
y van por los confines anunciando
esta nueva de paz y de alegría:
¡Espíritus, venid! Llegó el gran día.
A la Madre de Cristo coronad.

XIV

Como cuando se escucha sordo ruido
que su fragor por grados acrecienta
y presto en lluvia torrencial revienta,
así acuden los santos en tropel,
Y llenan las mansiones eternales
las anunciadas fiestas esperando,
mientras llega el momento celebrando
los nobles hechos de la Vírgen fiel.

XV

De la cima de un monte se desprende
como blanca y graciosa nubecilla.